

REARME MILITAR Y ECONOMIA CAPITALISTA

Enrique PALAZUELO MANSO

El primer aspecto que cabe mencionar, a partir del propio título, es que la política de rearme no se circunscribe a las economías capitalistas, sino que también incluye a las denominadas economías del "socialismo real". Sin embargo, el nivel de información y de conocimiento sobre esa realidad militar es bastante más limitado y difuso por lo que a efectos de este artículo apenas si se mencionarán algunos datos fragmentados, renunciando *a priori* a desarrollar un análisis sobre ello.

El segundo aspecto inicial se refiere a que la vinculación del armamentismo con la economía no es reciente. En la propia antigüedad se pueden encontrar múltiples nexos entre la preparación militar (ejércitos, armas, etc.) y la expansión económica de algunas civilizaciones. Más contemporáneamente, en el último cuarto del siglo XIX, la rápida industrialización del recién formado estado alemán se operó con un fuerte componente armamentista y en consecuencia militarista. El intento pre-industrializador de la Rusia zarista de ese mismo período también vinculó el surgimiento y la actividad de una naciente estructura industrial con la provisión de material tanto pesado como ligero para el fortalecimiento de su potencia militar.

Así pues, el fenómeno como tal no es novedoso, en cambio, si ha llegado a adquirir una importancia política y social —e incluso teórica— tan sobresaliente no es por casualidad, sino por razones concretas justificadas. La vinculación existente entre el armamentismo y la actividad económica es cada vez más intensa desde hace medio siglo, es decir desde los prolegómenos, el desencadenamiento y el desenlace de la IIª Guerra Mundial. Se trata de una vinculación no sólo cuantiosa y creciente, sino es-

tructural u orgánica al propio funcionamiento económico puesto que no cabe entender éste sin ese componente militar. Este es el aspecto cualitativo que otorga sustantividad específica a la relación entre ambos desde la postguerra.

En este pequeño trabajo nos proponemos aportar una interpretación analítica que permita comprender no sólo cuánto y cómo ha crecido el gasto militar, sino principalmente por qué lo ha hecho, con especial referencia a la economía de Estados Unidos, pues en ella se generan los mayores gastos y efectos de esa carrera armamentista.

¿Recurso anticíclico o factor estructural?

Al concluir aquella contienda militar no parecía causar perplejidad el hecho de que sólo en los años de la guerra la economía estadounidense había logrado superar la fase depresiva agudizada en 1929. Entre 1940-1945 el crecimiento real de su Producto Nacional Bruto había sido del 60 %, cifra ciertamente insólita y desde luego en frontal contradicción con el fuerte descenso experimentado por el PNB de los países europeos durante el mismo período, reducido al 50 %. Tampoco se prestaba especial interés al hecho de que en esa guerra, la economía estadounidense había asentado su hegemonía tecnológica, productiva, comercial y financiera sobre el conjunto del universo capitalista.

Ni siquiera se prestaba atención a estas opiniones de Keynes, el prestigioso teórico británico: "Es, al parecer, políticamente imposible para una democracia capitalista, organizar los gastos en la escala necesaria para reafirmar las grandiosas experiencias que confirmarían mi demostración, excepto en condiciones de guerra", agregando también: "El bien puede venir del mal, si los Estados Unidos deciden canalizar sus recursos en la producción de armas" (1).

Las primeras medidas económicas de la postguerra son adoptadas por una administración republicana, presidida por Truman, temerosa de los efectos negativos que tendría una reconversión drástica de la industria

(1) J.M. Keynes: "The United States and the Keynes Plan", en *The New Republic*, 29/7/1940, sacado de *The Collected Writings of J.M. Keynes*, vol. XXII, Cambridge University Press 1978. Citado por E. Rothschild "EE. UU. el "boom" puede engendrar la depresión", publicado en *Le Monde Diplomatique en Castellano*, n.º 40, abril, 1982.

bélica y aun de los millones de ciudadanos convertidos en soldados. Pese a ello no pudo evitarse un pequeño decrecimiento del PNB durante 1946.

Parece evidente que, junto a razones políticas y de estrategia militar, esos temores y esos resultados económicos influyeron poderosamente en la determinación adoptada por esa administración a la hora de fijar sus posiciones en la Guerra Fría. El discurso pronunciado por Truman en marzo de 1947 significaba el desencadenamiento de esa "Cold War" que condenaba a los habitantes del planeta a un período de tensiones, conflictos múltiples y amenaza permanente de guerra, primero convencional y luego nuclear.

Esa actitud y esa estrategia implicaban lógicamente el mantenimiento de un nivel de gasto militar que venía a frenar las previsiones de reducción formuladas al acabar la contienda. Hasta finales de aquel decenio el gasto militar se mantuvo, mientras que la economía seguía expresando un débil crecimiento.

El primer impacto efectivo tuvo lugar a partir de 1950, a raíz del estallido del conflicto coreano. El gasto militar se elevó desde 13 a 44 mil millones de dólares entre 1950-52 y todavía más al año siguiente alcanzando los 50 mil millones. En apenas cuatro años, el presupuesto militar se multiplicó casi por cuatro. La economía experimentó un extraordinario crecimiento con una tasa promedio de casi el 5% anual; se operaba así el primer relanzamiento económico de la postguerra y el nuevo presidente republicano, el general Eisenhower declaraba su satisfacción por el estrechamiento de relaciones entre la industria y el Pentágono, esperando grandes resultados de una colaboración fructífera.

Paralelamente en esos años, precursores y ejecutores de la "Cold War" encontraban un motivo adicional de satisfacción. El rearme militar exigía un esfuerzo similar en la Unión Soviética, drenando sus posibilidades de recuperación. Con claridad, el Foreign Policy Research Institute sostenía que "una carrera armamentista podría romper la columna vertebral de la economía soviética". No era distinta la posición de Dean Acheson, el embajador en Moscú, de Clark Clifford o de Foster Dulles como secretario de estado.

La conclusión del conflicto coreano implicó un período de siete años, hasta finales de la década de los cincuenta, durante el que los gastos de defensa se mantuvieron en un nivel similar representando en torno al 10 %

del PNB. Fue una etapa económica dubitativa, donde la tasa de crecimiento medio anual apenas alcanzó al 2 % con fuertes oscilaciones cíclicas y donde el recurso militar provocó opiniones pesimistas de teóricos tan importantes como M. Kalecki que, ante la experiencia, expresó sus dudas sobre la posibilidad de funcionamiento de la economía norteamericana sin la capacidad reguladora de la administración a través del gasto militar.

El siguiente período expansivo tuvo lugar entre 1961-66, de la mano de una administración democrata presidida por J. F. Kennedy. La "Nueva Frontera" profundizaba la materialización del Welfare State —El Estado de Bienestar— garantizando un fuerte crecimiento económico y una mejora en el nivel de los ciudadanos. Las medidas internas y externas contenidas en la política económica de Kennedy propiciaron un fuerte incremento del PNB, con una tasa media del 4,5 % durante un período de casi siete años; pero, una vez más, ello no sucedía al margen del sector armamentista sino con su decisiva participación.

En efecto, en esos años el gasto militar se elevó desde 50 a 70 mil millones de dólares, equivalentes a la mitad del presupuesto estatal y a la décima parte del PNB. Formalmente se había pasado de la Guerra Fría a la Coexistencia Pacífica, pero el hecho más resaltante era la escalada del conflicto vietnamita y la proliferación de desembolsos para sostener bases extranjeras y ayudas a gobiernos y alianzas militares extendidas ya por todo el mundo.

El período que media entre 1967 y 1973 ofrece como mayor novedad la falta de correspondencia entre un gasto militar que sigue creciendo y una economía deprimida. El retorno de los republicanos a la administración, con Nixon, mantuvo el crecimiento del gasto militar hasta 80 mil millones en 1969, estabilizándose en esa cifra hasta el estallido definitivo de la crisis económica internacional.

La apertura de una fase de "distensión" en las relaciones EE.UU.—URSS, implicó una relativa estabilidad en las relaciones internacionales y también en la política de gasto militar que sólo quedaría alterada con el triunfo republicano de 1980 y la instalación de Reagan en la presidencia.

Hasta aquí nos hemos ocupado de presentar una somera y esquemática visión cronológica de la evolución —paralela— que han venido observando el comportamiento global de la economía y la política armamen-

tista, haciendo patente la estrecha vinculación existente entre los períodos de expansión económica y el aumento del gasto militar de la administración norteamericana, sin olvidar que ello se produce en momentos de fuertes conflictos bélicos aunque localizados en zonas geográficas lejanas (Corea, Vietnam).

Esa vinculación existente es la que abona la tesis de que el gasto militar no ha sido sino un recurso anticíclico utilizado por la administración norteamericana para remontar períodos de atonía y lento crecimiento económico. A nuestro juicio, esa percepción es cierta, pero no permite captar más que un aspecto de la realidad económica estadounidense, de manera que resulta necesario profundizar más en el comportamiento de la política de rearme para alcanzar una comprensión más cabal y precisa de sus vínculos con el comportamiento de la economía. Se requiere un análisis más penetrante que capte el vínculo estructural que se entabla entre ese gasto y el funcionamiento general de la economía.

Las contradicciones económicas del armamentismo

La envergadura de las cifras alcanzadas por el gasto militar pone de manifiesto la necesidad de apreciar el conjunto de ámbitos a través de los cuales impacta a la economía. Puede considerarse que el proceso armamentista favorece la dinámica económica mediante diversos efectos, pero —inevitablemente— también la perjudica por medio de otros efectos que resultan contradictorios con los anteriores.

En primer término vamos a tratar sobre los efectos "acumuladores" del rearme, referidos fundamentalmente a los impactos por el lado de la oferta y el de la demanda y a la consolidación del completo "MGIC" (militar-gubernamental-industrial-científico).

Desde el lado de la *actividad productiva*, el armamentismo actúa como "vivero tecnológico" y como "factor de empuje" de diversas ramas punta, y en general del conjunto del proceso productivo. La onda tecnológica desarrollada durante los años cincuenta y sesenta estaba marcada por su mayoritaria procedencia militar; así ocurría con los principales avances científico-técnicos que serían aplicados a las ramas industriales más dinámicas (electrónica, aeronáutica, nuclear, electrónica, mecánica de precisión, metalúrgica avanzada, etc.). Desde entonces esa relación no ha hecho sino acentuarse merced a la estrecha articulación generada entre la investigación (básica-aplicada y de desarrollo) originada en el sector

militar y después "reconvertida" (o mejor, optimizada) en el sector civil, es decir en la actividad productiva.

Ello resulta inevitable cuando aquella investigación militar absorbe la mayor y mejor dotación de recursos financieros, humanos y materiales; cuando la investigación para el desarrollo (I-D) de carácter militar significa aproximadamente los 2/3 del total del presupuesto destinado a I-D (2), alcanzando cifras por encima de los 12 mil millones de dólares a finales de los años setenta, que todavía han sido más elevados en los años recientes del presente decenio.

El acortamiento de los planos de absolescencia del material militar, como fruto de estrategias premeditadas, actúa de acicate sobre esa actividad científico-técnica. El simple anuncio de la "Iniciativa de Defensa Estratégica" (SDI), todavía por implementar, ha significado la concesión de contratos de investigación de varios centenares de millones de dólares para financiar diversas investigaciones militares que se difundirán posteriormente como tecnologías industriales. Por ejemplo, un sólo proyecto para "detección y contraataque anti-misiles" que vienen desarrollando algunas empresas de electrónica en Silicon Valley (California) desde hace cinco años ha requerido ya un presupuesto de investigación y desarrollo superior a los mil millones de dólares anuales (3).

Junto a esa función tecnológica, el rearme actúa como elemento de empuje ("efecto tirón") sobre las múltiples ramas industriales vinculadas directa o indirectamente a la construcción de armamento; se trata no sólo de las citadas ramas punta, sino incluso de otras tradicionales (construcción, textiles, siderurgia naval, etc.) que proporcionan componentes de diversa índole para los artefactos bélicos, creándose un efecto encadenado entre actividades productivas múltiples que aparentemente nada

(2) En el caso de otros países europeos es algo menor, pero sigue alcanzando porcentajes significativos: Gran Bretaña (50 %), Francia (35 %) o Alemania Federal (15 %).

(3) Se investiga en circuitos integrados diminutos y veloces que sean inmunes a la radiación nuclear para ser utilizados en ordenadores de vanguardia que lleguen a autoprogramarse parcialmente. De ese modo el "misil enemigo" no sólo sería detectado antes mejor, sino que el artefacto reaccionaría automáticamente para hacerle frente.

tienen que ver entre sí.

Desde el punto de vista de la *demanda*, el gasto militar genera un mercado de características sumamente específicas. A tenor de la dimensión del gasto, que ya en 1980 era de 142 mil millones de dólares y se elevó vertiginosamente en los años siguientes hasta situarse por encima de los 300 mil millones en la actualidad; evidentemente se trata de una demanda gigantesca en términos cuantitativos. Pero además, estamos en presencia de un mercado garantizado por la propia administración estatal, que efectúa sus pedidos sin las incertidumbres o fluctuaciones de cualquier negocio privado. Es también un mercado no competitivo con el de otros bienes —ya de consumo o de inversión— por lo que su persistente crecimiento no menoscaba a éstos; pues no tiene bienes sustitutivos. Y en última instancia, es un mercado enormemente programable que está sujeto a proyectos planeados a plazo de quinquenios y aun de decenios. Así pues, este mercado presenta "envidiables" ventajas frente al resto de las mercancías lanzadas al intercambio.

Por añadidura, desde los años setenta, ha ido ensanchándose el comercio exterior de armas. Frente a los 900 millones de dólares exportados en 1970, el negocio de armas proporcionaba unos ingresos de casi 13 mil millones en 1976 equivalente al 7 % del total de las exportaciones norteamericanas.

El complejo cuadrangular M-G-I-C tiene sus orígenes en la Guerra fría. El mismo general Eisenhower que inicialmente se sentía satisfecho por la compenetración militar-industrial, años después con motivo de su despedida de presidente, en 1960, lanzaba una llamada de alerta y de preocupación frente a ese complejo que podría arrastrar a toda la sociedad tras sus particulares intereses.

La Administración Estatal no sólo actúa como demandante e incentivador de ese proceso armamentista, sino que brinda su completo apoyo a la iniciativa empresarial incluyendo material e instalaciones públicas que serán empleadas por sectores privados beneficiándose de una sustancial reducción de sus costes.

La élite militar está presente tanto en las decisiones gubernamentales como en los consejos directivos de las empresas y es quien elabora las tesis justificativas del rearme continuo promocionando la escalada armamentista. La jerarquía militar elabora las tesis de "gap" ventajoso de los soviéticos para legitimar ese rearme estadounidense, aunque como recor-

daba recientemente el senador E. Kennedy (4), en general EE.UU. han marchado por delante en la mayoría de los artefactos bélicos (bomba atómica, bombardero internacional, bomba de hidrógeno, misil balístico submarino, misil de cabeza nuclear múltiple, misil de cabeza múltiple, miles con cabezas guiadas independientemente, etc.).

El staff científico constituye el sujeto ejecutor de esos proyectos militares y de su conversión en tecnología industriales. Se estima que una parte mayoritaria de los científicos de mayor rango y de las principales instancias dedicadas a la investigación trabajan en proyectos de carácter militar. Ellos canalizan una porción sustancial de los recursos humanos, financieros y materiales destinados a la actividad científico-técnica que, de esa manera, queda unilateralmente supeditada a la marcha de aquellos proyectos militares.

Finalmente el cuarto y decisivo elemento del complejo lo constituyen las empresas dedicadas a la fabricación y exportación de material militar. Los principales pedidos recaen sobre las grandes corporaciones privadas que se localizan en las principales ramas de la industria y que mantienen fuertes lazos con la Administración, el ejército y los científicos de élite, lo que les permite obtener la adjudicación de millonarios contratos, a veces sin necesidad de concurrir a concursos u otras formas de competencia. La magnitud de los pedidos les permiten subcontratar partes secundarias a otras empresas menores que multiplican los efectos de ese gasto militar.

A finales de los años sesenta apenas diez grandes empresas concentraban el 30 % del total del gasto militar, mientras que las cien más importantes canalizaban las dos terceras partes de ese gasto. Entre 1961-76 las empresas líderes habían ejecutado contratos de varios miles de millones de dólares: Lockheed Aircraft (16.3), General Dynamics (13.5), Mc Donnell Douglas (10.7), General Electric (11.1), Boeing (9.9).

Algunas de estas grandes empresas realizan una gran parte de su actividad bajo la garantía de esos pedidos estatales; de ellos dependen para mejorar/empeorar su posición en distintos sectores y ramas. Unas se dedican casi en exclusiva a este tipo de producción militar —que concentra más del 75 % de su actividad— (Mc Donnell Douglas, General Dynamic,

(4) E. Kennedy, *Freeze!* Boston Book, 1983.

Lockheed, Rockwell Internacional), otras lo compatibilizan más equilibradamente con producciones "civiles" (Boeing, General Electric) e incluso otras aparentemente desligadas de ese sector militar como son American T & T, General Motors, Ford, prolongándose la lista a un gran número de empresas localizadas en las ramas de electrónica, automoción, nucleares, metalurgia, petroquímica y otras.

Refiriéndose al período más reciente, parece fuera de dudas que el "defense business" ha sido el factor decisivo del relanzamiento de la actividad económica norteamericana, con tasas de crecimiento del 3.7% y 6.9% en 1983-84. El caso más elocuente y ejemplar se puede encontrar en el territorio modelo del estado más próspero de EE.UU., el ya citado Silicon Valley, conocido a nivel mundial como zona de mayor progreso tecnológico en las ramas de vanguardia. Pues bien, merece conocerse que se trata del estado (California) y de la zona donde se concentra la mayor producción de material militar de todo el país. En 1984, California consiguió contratos por valor de 28.4 mil millones de dólares, muy por delante de otros estados como Nueva York, Tejas o Massachusetts con menos de diez mil millones. Aquella cifra de pedidos militares en un sólo Estado equivale al 70% del presupuesto total del Estado español para el mismo año.

Concretamente, en 1983, cien empresas localizadas en Silicon Valley obtuvieron contratos por 4.100 millones de dólares, destacando no sólo las especializadas como Lockheed y FMC Corp., sino también otras como Ford Motor, Litton, Westinghouse, Hewlett-Packard y otras. Las diez primeras fabricantes de esa zona concentraron pedidos por 3.5 mil millones.

Así las cosas, no parece posible hablar de otra recuperación habida que no sea la operada a expensas de los misiles Trident, Polaris, Tomahawk, Poseidon (fabricados por Lockheed), los carros de combate Bradley y vehículos para infantería (FMC), aviones de combate F-15 y F-18 (Mc Donnell Douglas), submarinos nucleares, tanques M-1 o aviones F-16 (General Dynamic) o bombarderos B-1 que fabricados por Rockwell Internacional han permitido a esta empresa encaramarse al primer lugar del ranking de contratos militares en 1984. La simple concesión de un artefacto estratégico a una empresa como ha sucedido con esta Rockwell o con Martin Marietta (misiles Pershing instalados en Europa) proporciona pedidos equivalentes a varios miles de millones de dólares. Se

trata también de las empresas beneficiarias de acuerdos bilaterales con otros países para la compra de armamento norteamericano.

PRINCIPALES EMPRESAS FABRICANTES DE ARMAMENTO

EN ESTADOS UNIDOS: 1983 - 84

(miles de millones de dólares)

	1983	1984
Rockwell International	4.5	8.4
McDonnell Douglas	6.1	6.9
General Dynamics	6.8	6.2
General Electric	4.5	5.2
Lockheed	4.0	5.1
Boeing	4.4	4.7
Martin Marietta	2.3	4.1
United Technologies	3.9	3.5
Medical Institute	3.2	3.2
Raytheon	2.7	3.1

Fuente: Departamento de Defensa de EE.UU.

Ahora bien, si hasta aquí nos hemos extendido tratando sobre los efectos favorecedores del proceso de acumulación de la economía estado-unidense, no pueden desconocerse las contradicciones que ellos provocan en el propio funcionamiento de la economía, atendiendo principalmente a tres tipos de problemas: el déficit fiscal, la inflación y el desequilibrio exterior, que a la vez perturban el desarrollo de las relaciones internacionales en la esfera del comercio, las finanzas y los ajustes monetarios, e influyen por lo tanto sobre el resto de las economías capitalistas.

El déficit fiscal surge a partir del monumental desembolso que el Estado debe efectuar para cubrir el conjunto de sus gastos y de manera primordial este gasto militar. Si la escalada armamentista sigue, e incluso se acelera desde 1980, pocas opciones le quedan al gobierno fede-

ral: aumentar los ingresos, reducir otros gastos o endeudarse. La Administración Reagan viene optando por mantener un tono moderado en la presión fiscal para no perjudicar ni al consumo ni a la inversión privada, por lo tanto se abstiene de incrementar los ingresos presupuestarios. Entonces no queda otro recurso que reducir gastos de carácter eminentemente sociales (atención sanitaria, educación, subsidios y otros), pero como ello es insuficiente, el déficit fiscal se incrementa cuantiosamente debiendo cubrirse con un paulatino endeudamiento. En los últimos años ese déficit alcanza los 190 mil millones de dólares, equivalente al 5-6 % del PNB.

Semejante volumen de gasto y de déficit se convierte en una permanente *presión inflacionaria* que sólo puede amortiguarse con políticas monetarias fuertemente restrictivas, es decir, limitando la cantidad de dinero en circulación. Ello significa un encarecimiento del crédito (el coste del dinero) lo que constituye una permanente amenaza para la demanda tanto de consumo como de inversión.

Sin embargo en estos años ochenta, de crecimiento de la economía de EE.UU. desde 1982, esa amenaza ha sido contrarrestada con diversos mecanismos destinados a elevar los tipos de interés y a revalorar el dólar. Su efecto instantáneo ha sido una enorme afluencia de inversiones extranjeras hacia Estados Unidos. Así se financia el déficit público y así puede sostenerse el proceso inversionista.

Ese funcionamiento circular (déficit - tipos de interés - revaluación - afluencia de capitales) resulta coherente y tiene en su epicentro al gasto militar de la recuperación económica; pero es tremendamente inestable porque depende de múltiples variables endógenas y externas a la economía estadounidense y además lesiona al sector exterior.

El **desequilibrio exterior** procede fundamentalmente del empeoramiento de la balanza comercial. La política económica del presidente Reagan y especialmente la revaluación efectiva del dólar significa un freno a las exportaciones y un acicate a las importaciones. Así se crece rápidamente el déficit comercial, que si en 1983 ya se había elevado a 61 mil millones de dólares, en 1984 se duplicaba hasta 123 mil millones, con el peligro de seguir aumentando aceleradamente cada año.

La repercusión se extiende al conjunto de la balanza por cuenta corriente cuyo déficit en 1982 era de apenas 9 mil millones y actualmente

supera los 100 millones. Se crea así una situación insostenible para el sector exterior que amenaza con dejar sentir sus efectos de nuevo sobre la actividad interna: inflación, desaliento en las inversiones, freno al crecimiento.

Así como aquel funcionamiento circular, aparentemente y coyunturalmente favorable para el desenvolvimiento económico, encuentra su espada arcángélica que rompe varios nudos gordianos y parece condenar a la economía a su punto de partida.

La cuestión adquiere una envergadura mayor si se considera que ese comportamiento de la economía norteamericana resulta sumamente perturbador para el resto de las economías capitalistas, tanto industrializadas como subdesarrolladas. La política sobre tipos de interés y revaluación del dólar implica un rapto de capitales en estos países, unas mayores dificultades para el crédito y en consecuencia para la inversión y para su actividad productiva interna.

Este impacto internacional se completa al observar las nuevas y mayores distorsiones que con ello se generan en las condiciones del comercio internacional, en los desajustes del sistema monetario y en los circuitos financieros por los que fluyen los movimientos de capitales.

Dos colorarios: militarismo y gasto militar en el Tercer mundo

Las consecuencias del rearme son múltiples, pero aquí nos limitamos a señalar dos que son cruciales: la fabricación de armamento intensifica la acción militarista y, como la estrategia de las dos superpotencias desplaza los conflictos bélicos a zonas tercermundistas, resulta que en estas economías subdesarrolladas tiene lugar un escalofriante aumento de sus gastos militares.

Desde el punto de vista de la política exterior norteamericana la acción armamentista se concreta en tres líneas de actuación. En primer lugar, la proliferación de sus bases militares en territorios extranjeros y de su flota naval en aguas internacionales: a finales de los años setenta mantenía más de 200 grandes bases y otras 2.000 pequeñas en más de cuarenta países, dando lugar al estacionamiento de millares de artefactos convencionales y nucleares y de medio millón de militares.

En segundo lugar, su política de pactos y ayudas militares de carác-

ter colectivo (NATO, SEATO, ANZUS) o bilateral, ha convertido a EE.UU. en el gendarme capitalista internacional sustituyendo a los antiguos imperios coloniales europeos en Asia, África y el Pacífico.

En tercer lugar, la consecuencia directa e indirecta de aquella proliferación y de esa política no puede ser otra que la intervención en guerras y conflictos que estallan localizadamente en distintos focos del planeta: Sudeste asiático, Oriente Medio, Centroamérica, etc. Enumerar el rosario de intervenciones militares desde los tiempos de la guerra de Corea hasta hoy se haría interminable.

Este intervencionismo exterior significa un incremento en el deterioro de la balanza por cuenta corriente —vía transferencias—, pero, con una transcendencia mayor, significa que desde los años sesenta muchos países con economías subdesarrolladas han emprendido una veloz escalada armamentista que les significa un volumen de gastos que sumen en un creciente deterioro a esas economías.

Los países subdesarrollados elevaron ese gasto en los años setenta desde 28 mil millones de dólares —constantes de 1978— hasta casi 75 mil millones en 1980; desde entonces la cifra sigue creciendo con celeridad.

Sintomáticamente, los países que experimentan mayores gastos militares son aquellos situados en zonas de conflicto directo y aquellos otros convertidos en gendarme de zonas de contención según la geoestrategia norteamericana. Entre los primeros cabe destacar a la generalidad de países de la OPEP —petroleros— cuyo gasto se ha cuatriplicado en los años setenta (Arabia, Irán, Irak, Argelia, Kuwait, Libia, etc.), mientras que entre los segundos hay que citar a Brasil, México y Argentina en la zona latino-americana, a Egipto e Israel en Oriente Medio, a Sudáfrica en el cono sur, a Marruecos en el norte de África y a Corea del Sur y Taiwan en el sudeste asiático. Lo mismo cabría citar de países involucrados hacia el alineamiento soviético como Etiopía, Siria, Yemen, Vietnam y otros.

Parece necesario precisar con detalle las nefastas consecuencias que tales gastos provocan en la situación de estancamiento, desempleo, inflación, déficit público y desequilibrio exterior de esas economías. Sin embargo, de la mano de sus clases dominantes y de los regímenes políticos —generalmente autocráticos— que las sustentan en el poder, y merced a esa estrategia impuesta por las superpotencias en disputa de su hegemonía, esas economías y esos pueblos soportan tal escalada armamentista.

¿Hasta cuándo? o ¿Hasta dónde?

Como decíamos al comienzo, fundamentalmente nos hemos referido al gasto militar estadounidense, y ahora aportamos datos sobre el Tercer Mundo, pero quedaría por tratar el campo soviético y también el aporte armamentista del resto de los países capitalistas industrializados, cuyo gasto ha crecido rápidamente y pretende ser utilizado en el mismo sentido "reactivador" que el expuesto para EE.UU. Ahí debe incluirse a Gran Bretaña, Francia, la R.F. Alemana y otros de la OTAN, con sus empresas especializadas (British Aerospace, Vickers, Flick, Messer-Schmitt, Dassault, Thompson-CSF, etc.), y en los últimos años también deben incluirse a países como Japón y España, interesados en participar en ese "defence business".

La cota armamentista alcanzada por el planeta en la actualidad hubiese sido rechazada por imposible apenas hace veinte años, incluso por aquellos personajes vinculados a este frenesí militar. El gasto ya supera los quinientos mil millones de dólares, es decir que se ha alcanzado la cifra de un millón de dólares por minuto; el rearme provoca un crecimiento medio anual del 5 % en ese gasto militar; las dos superpotencias disponen de quince mil armas nucleares; cada niño que nace encuentra un arsenal equivalente a tres toneladas de material explosivo convencional por persona/año entre los habitantes del planeta; el consumo de petróleo de las empresas del armamento en USA es equivalente al total del consumo anual del continente africano (3.5 % del mundial); más de medio millón de científicos cualificados se dedican en el mundo a la investigación militar; el mundo dispone de más de sesenta mil armas nucleares.

Como dato podría ser un titular periodístico, y así podrían prolongarse hasta la sociedad, pero la realidad está ahí; está aquí: este es un orden mundial militarizado. Poco importa que el coste de erradicación de la viruela durante diez años resulte inferior al coste de un sólo bombardero estratégico, o que la campaña de la Organización Mundial para la Salud para erradicar el paludismo esté evaluada en unos 400 millones de dólares pero deba seguir retrasándose por falta de financiación. Tampoco llama la atención que el gasto militar del Tercer Mundo sea similar al gasto en la agricultura que es la forma primaria y única de su subsistencia actual.

Estas vuelven a ser tentaciones de título periodístico; pero son datos ciertos. Como también lo son la militarización creciente de los fondos

TESTIMONIO

marinos y el diseño estratégico para militarizar el espacio. La bóveda y el suelo que soportan y albergan el habitat humano ya están integrados en ese orden militar. ¿Para qué?, ¿Por qué? Ha sido y es la lógica de funcionamiento de un sistema económico la que ha generado esta espiral que amenaza con convertirse en irreversible, de manera que nuestra indefensión suele conducir a otra pregunta más precaria y temerosa: ¿hasta cuándo?, ¿hasta dónde puede esperarse que alcance esa espiral un punto de retorno donde el avance por el "peor lado de la historia" pueda convertirse simplemente en un cuestionamiento de las posibilidades mismas de seguir existiendo en el planeta?

BIBLIOGRAFIA BASICA SOBRE EL TEMA

- CABRERA, M.A. y otros: *Estados Unidos: 1945-1985. Economía Política y militarización de la economía*. IEPA-LA, 1985.
- CHOMSKY, Noam: *La Guerra Fría y las superpotencias*. En Monthly Review, mayo, 1983.
- FISAS, Vicens: *Crisis del militarismo y militarización de la crisis*. Fontamara, Barcelona, 1982.
- KALDOR, Mary y otros: *Protesta y sobrevive*. Blume, Madrid, 1983.
- LASLO, E. y otros: *Obstáculo para el nuevo Orden Económico Internacional*. Nueva Imagen, México, 1981.
- MELMAN, S.: *El capitalismo del Pentágono*. Siglo XXI, México, 1972.
- MEVDEVEV, R. y M.: "La URSS y la carrera de armamento". *Mientras Tanto*, nº 12, Barcelona, 1982.
- MYRDAL, A.: *El Juego del desarme*. Debate, Madrid, 1984.
- RUIZ GARCIA, E.: *La era de Carter*. Alianza, Madrid, 1978.
- SENGHAAS, Dieter: *Armamento y militarismo*. Siglo XXI, México, 1974.
- S.I.P.R.I.: *Yearbook*. Estocolmo, varios años.
- THOMPSON, E.: *Opción cero*. Crítica, Barcelona, 1983.